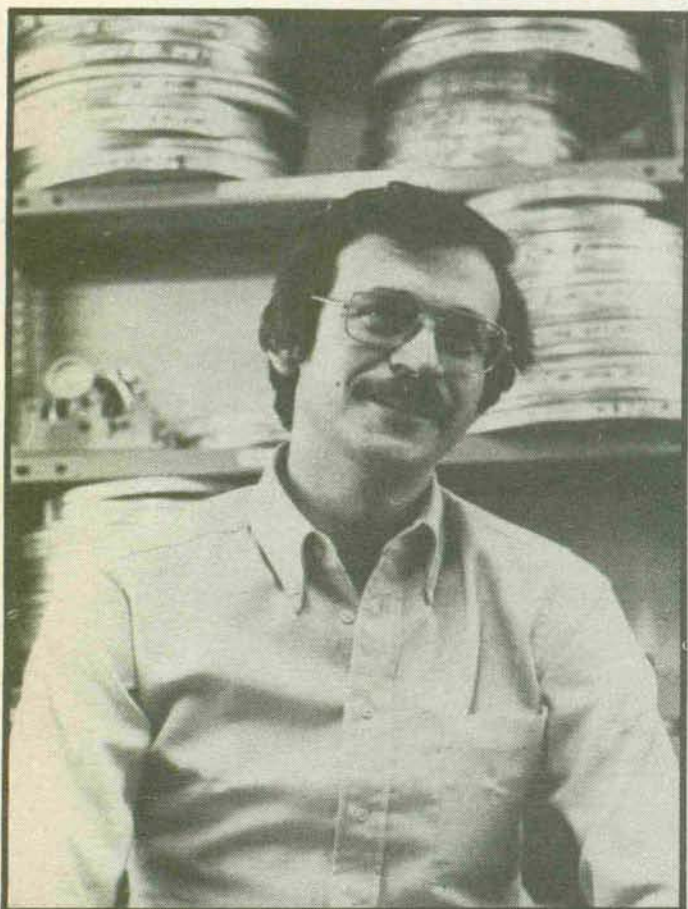


«Memorias del Cine Español»:

Un retrato

E. Haro Ibars

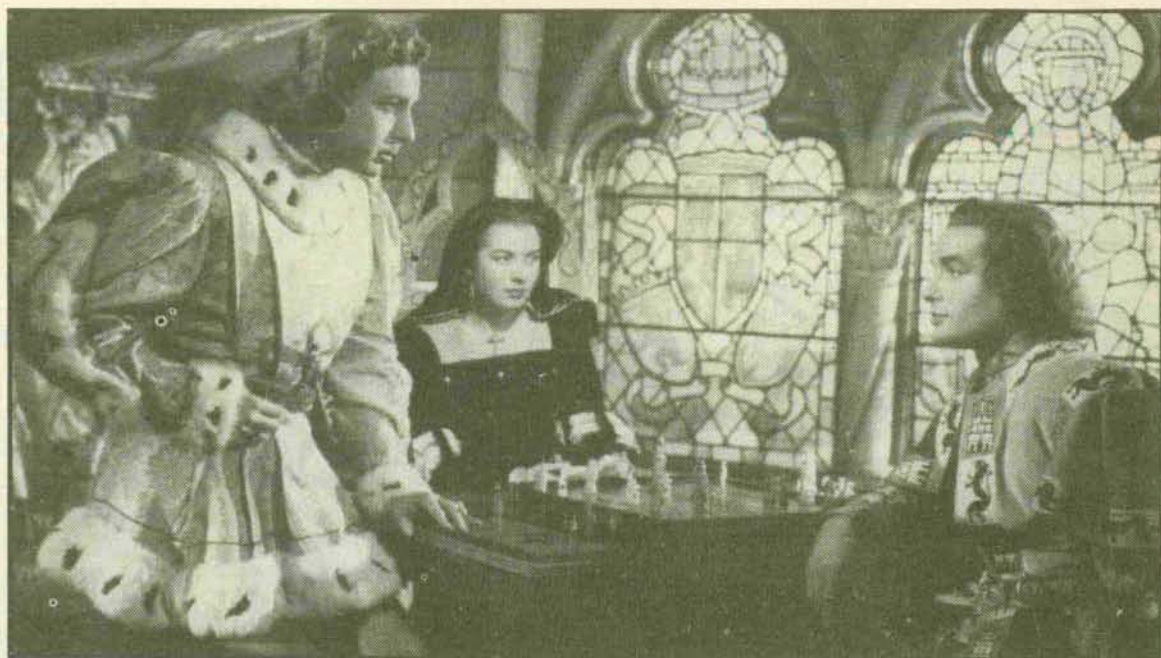


DIEGO Galán —crítico de cine dotado de bastante objetividad y agudeza de juicio, como demuestra todas las semanas en el semanario «Triunfo», ha hecho un trabajo claro y honesto, donde, sin dejar de lado la dureza cuando era necesaria —y esto ha sido muchas veces a lo largo de la historia de un cine que llega en ocasiones a darnos hasta vergüenza ajena—, ha tratado su tema con la ternura propia del auténtico aficionado. Ha revivido, y nos ha hecho revivir a sus espectadores, los momentos más gloriosos y los más vergonzosos de nuestra historia cinematográfica, tocando con ello nuestras más soterradas vivencias. Y es que el cine, para Galán, no es solamente un templo de cultura y saber, donde se diferencia lo «bueno» de lo «malo» de acuerdo con unas leyes estéticas inmutables: es también Palacio de las Pipas, refugio de tardes infantiles, lugar donde —en la fría postguerra— se iba a pasar una tarde caliente y a olvidar el hambre. El cine es una aventura, la primera que hemos vivido.

«Memorias del Cine Español» no está planteada como una serie histórica, aunque sea reflejo de una historia. El estudio de Diego Galán sobre el cine español es más bien sociológico: engloba sus distintos programas por temas, más que por épocas, y a través de esos temas y de su tratamiento nos ha ido mostrando el cambio en la sensibilidad cinematográfica de nuestro país, a través de los cuarenta difíciles años de la Dictadura de Franco. Hemos visto defilar por la pequeña pantalla fantasmas redivivos, como el de Agustina de Aragón y Juana la Loca, en el programa dedicado al «Cine Histórico» —a mi entender, uno de los mejores—: deformaciones de la verdad histórica y humana muy de acuerdo con los postulados mentirosos de una época triunfalista en la que el cine se hacía con espíritu de propaganda y de servicio; hemos escuchado los gorgoritos de las folklóricas, desde la incomparable Imperio Argentina hasta sus más deleznable subproductos; hemos revivido los momentos donde aquí se hacía un cine de «alta comedia» mientras el problema cotidiano consistía en la elección de un menú oscilante entre el boniato y la sardina; hemos vuelto a contemplar el no muy lejano cine «erótico», protagonizado por López Vázquez o Alfredo Landa, eternos y risibles machos hispánicos obnubilados por el sexo, dispuestos

A lo largo de varias semanas —demasiado pocas, desgraciadamente— Televisión Española nos ha obsequiado con una serie poco habitual en su programación, tanto por su calidad como por el espíritu crítico que la animaba; «Memorias del Cine Español», escrita y dirigida por Diego Galán, recoge una historia muy concreta, la de nuestro cine, y muestra al tiempo su rostro y el de la sociedad que lo ha hecho posible. Y lo hace sin tratar de idealizar lo que retrata, pero tampoco con mala idea, ni con rabia, ni con resentimiento.

Hemos visto desfilar por la pequeña pantalla fantasmas redivivos, como el de Agustina de Aragón y Juana la Loca, en el programa dedicado al «Cine Histórico», a mi entender uno de los mejores. (En la foto, escena de «Juana la Loca», de Juan de Orduña).



siempre a verter su semen como si de una materia fecal se tratase, y sin conseguirlo, los pobres, casi nunca, verdaderos Carpentas del hambre sexual; hemos contemplado las vicisitudes de una supuesta «juventud» que se nos presentaba frívola hasta la estupidez en productos como «Siempre es Domingo», o estúpida hasta la frivolidad en los rostros de Manolo y Ramón, el inefable «Dúo Dinámico». El rostro resultante que nos ha mostrado Diego Galán resulta bastante esperpéntico, pero no es desde luego culpa suya; él ha tratado al cine español con amor, con cariño; ha tratado de paliar lo grotesco de algunas imágenes y de algunos temas, dando pie a sus realizadores —en entrevistas casi siempre reveladoras—, a sus productores, a sus críticos, de que justificasen su quehacer. Y ante nosotros han desfilado rostros de actores injustamente olvidados, de cineastas de aspecto suficiente y poco sentido de la autocritica, de personajes inteligentes algunos, zorrunos la mayoría, entrañables los demás. El resultado es aún más esperpéntico, más goyesco. Nadie, de los directamente involucrados en la historia de nuestro cine, ha sabido explicar de manera suficiente por qué ese cine era tan feo. Imperativos de una época, parece ser.

En sus «Memorias del Cine Español», Diego Galán ha mostrado sus fantasmas de celuloide —los nuestros—, exorcisándolos. Ha llevado a cabo incluso una labor de realización personal, mostrando el desnudo y feo rostro de una época grotesca, caricatura de sí misma, que nos metieron por los ojos. Sirva esta serie televisiva de ejemplo y de lección para nuevos creadores y espectadores de cine en nuestro país que pueden, dentro de cuarenta años, encontrarse en una nueva picota tan inocentemente despiadada como ésta. ■



Hemos escuchado los gorgoritos de las folklóricas, desde la incomparable Imperio Argentina —en la foto, con Florián Rey— hasta sus más deleznables subproductos.



Diego Galán, ha revivido y nos ha hecho revivir a sus espectadores, los momentos más gloriosos y los más vergonzosos de nuestra historia cinematográfica. (Escena de «Bienvenido, Mr. Marshall», de Luis García Berlanga).